

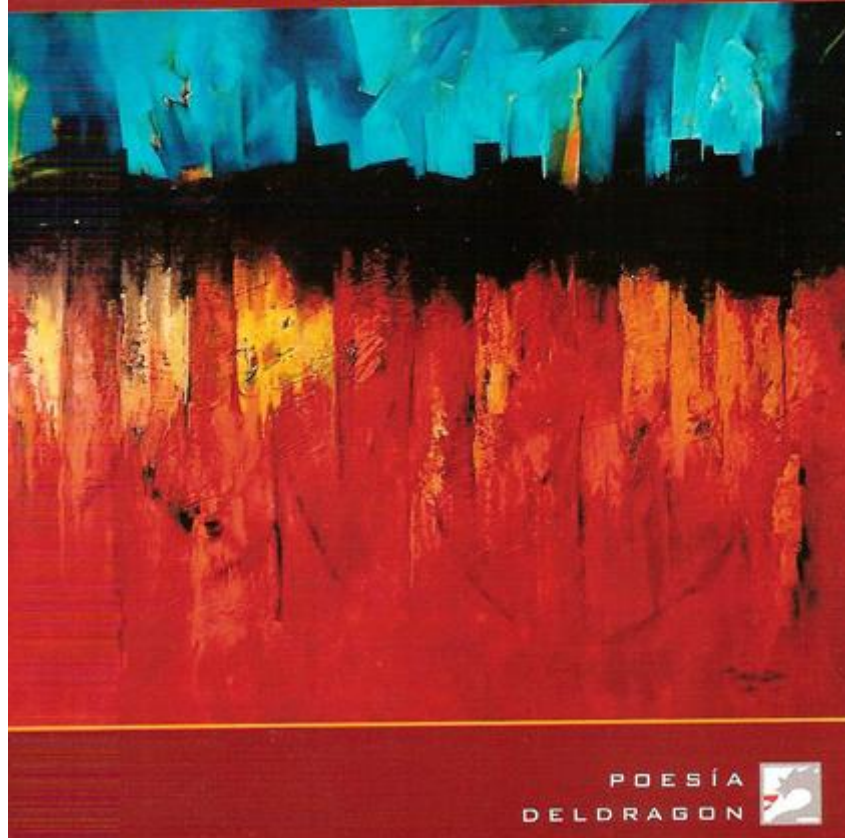
Amanda Patarca

A U T O R A

EL
ALTAR
DE LOS
ACORDES
(en Sol Mayor)



AMANDA PATARCA



POESÍA
DELDRAÇON 

EL NIDO (Díptico, alejandrino)

I - AL TIEMPO, MI MAESTRO

Íbamos por la senda caminando arrogantes:
En las manos caricias, en los ojos estrellas
que alumbrando caminos nos mostraban las huellas
dejadas por los pasos de antiguos peregrinos
cuyos rumbos lejanos borrados por el viento
del huracán del tiempo, ya no se dejan ver.
Es que es bueno, me digo, hermanos bienamados
recordar el pasado con lo que acontecía.
Con lo que iba quedando; con todo lo logrado.
Y en lo que fue mi caso, con todo lo perdido
por lo que no sabía, pero supe después

II - REVELACIÓN (en clave de Metáfora ficcional: Nido-Hogar)

Cuando el alma se planta porque encontró lo suyo
y el cuerpo se calienta con el ser añorado
que permite en su abrazo que las sonrisas fluyan
para gestar con ellas el beso que descubre
la clave del misterio de la perpetuación...
es que ha llegado el tiempo de preparar el nido
con puntillas y plumas y un lugar para Dios.
El que debe ser blando y con salas muy limpias
para amasar los panes con harina y arroz...
Porque el nido perfecto, el que no se arma solo
requiere del esfuerzo y el trabajo de dos.
Es bueno, lo repito, recordar y pensarse
unidos y aferrados al calor de ese nido
que brilla hoy consagrado por Dios y mis amigos
en el fulgor del oro de esta Celebración.

Amanda Patarca

¡Jacarandá!

-Dijo la flor celeste desde el suelo-
Mi plaza reza y si florece llora.
Reza con Dios cuando se acerca al cielo,
llora con Él cuando en su suelo implora.

¡Qué hermosa está mi plaza colorida!
¡Qué extraña paz se asienta en su follaje!
El vibrar de una luz cerró mi herida.
Su azul-violáceo transformó el paisaje.

Todo es quietud; mil flores allá arriba
apacando el fulgor de las retamas
me informan de la vida que se iba
desprendiendo capullos de sus ramas.

No saben de morir pero se mueren
renaciendo caídas sobre el suelo.
No saben de nacer pero sonríen
cuando me ofrecen duplicado el cielo.

Como lluvia de plumas sublevadas
desde donde está Dios caen y caen
para poder planear como ellas saben
entregando su vuelo a mi mirada.

Cuando el día se va, la plaza queda
semiculta detrás de su alegría.
Pero al volver, la luz de cada día
viste de azul lo que en la calle rueda.

¡Jacarandá! me dice mi alma en celo.
Tu plaza reza y si florece implora.
Reza con Dios cuando refleja el cielo
Ora con Él cuando su suelo llora.

Amanda Patarca

OTOÑO EN BUENOS AIRES (Alejandrino)

Si es propio de los pueblos pintarse de colores,
volverse fluorescentes, despertar sensaciones,
exaltar su paisaje con cuentos de amadores
para quedar prendidos sin más explicaciones...

Si en Italia su ocre me transportó a otro tiempo:
Al de aquellos cristianos que por Jesús morían
cuando a la lex romana la propalaba el viento
y en el gran Coliseo los césares reían...

Si París es plateado, lo supe en primavera
recorriendo sus calles hasta que amanecía...
Si a Londres vi colmado de bronces y maderas
mientras en sus tejados el sol languidecía...

Si toda España es blanca; blanca como su suerte
gritando que no engendra ninguna anomalía
-pues sus mujeres ríen y sus hombres son fuertes-
demostrándole al mundo que no hay melancolía...

Yo añoro a Buenos Aires invadido de otoño,
mientras lucha el verano tratando de durar.
La imagino arrogante rodeada de retoños,
con colores brillantes que tienden a cegar.

Lo que sucede es simple, se explica de algún modo:
En su otoño he vivido cuando empecé a crecer,
cuando, siempre, asombrada lo preguntaba todo.
Yo creo que su otoño debiera florecer.

Amanda Patarca

Sinfonía “DESTINO” (Opus 1 en futuro mayor)

Era un cielo abierto de un azul glicina
que enjambres de abejas rociaban con miel.

Y así presentado: dulce y sin neblina
se instaló en mis ojos y me fui con él.

Cuando está conmigo, no debo olvidarme
que en su abrazo acuna mi razón de ser.
Pero estando lejos deja de ampararme.
Su ausencia me abruma, me invita a caer.

Si se queda inmóvil, flecha demorada,
luna detenida menguada de luz,
sin ser firmamento, ni cielo ni nada
se convierte en sombra de mi propia cruz.

En cuanto despierta y entra en su mirada
la carga de angustia que intento calmar,
me ofrece su barca; la aferro aterrada
mientras leva el ancla para entrar al mar.

Mi norte -trepado a esa flecha cohibida
del plano aún latente; sin activación-
con la luz de un sino orientó mi huída
y hacia el horizonte impulsó mi acción.

¡Ningún ser viviente traspasó esa línea!
-Me alertó el destino prendiendo un farol-
Y al verme alejada de esa franja ígnea
me quedé a la espera de la luz del sol.

Amanda Patarca.

Conozco la obra de Amanda Patarca, autora de novelas, teatro y poesías que han merecido atención crítica sumamente halagadora.

Hoy nos ofrece este libro que, como los anteriores, marca una sensibilidad dirigida hacia los problemas humanos. Partiendo de lo concreto y situacional se convierte en paradigma válido para expresar una visión del mundo coherente, gobernado por la razón y fijado por el esfuerzo creador a través de la poesía, básicamente subjetiva y no del todo racional.

La estructura estética ubica a la creadora en el área del poema y de la prosa poética. Sus frases y conceptos llegan con su resonancia, su locura gozosa, mostrándonos sus criaturas salvadas del naufragio. Caminante de las nubes, abre su mundo interior, expresa su apasionada trayectoria espiritual en la cual conjuga el amor, la fe religiosa, la muerte, la esperanza ultraterrena.

El lenguaje del poema "Otoño en Buenos Aires" exalta la naturaleza bonaerense, el fluir del otoño, el aroma natural de su floresta, en tono maduro y mesurado.

Por su humanidad y su visión realista la autora confiesa: "No concibo la vida sin metáforas", y lo explica en la composición titulada "La palabra, la metáfora y esa consigna íntima que nos insta a ser siempre un poco más".

Ellas, en su reino simbólico sostienen su vigilia, su soledad existencial; tal vez aplacan sus osados interrogantes acerca del espacio en que se mueven sus "pasos en el tiempo". El texto poético teñido de cierto matiz proustiano, reproduce la pasión y la filosofía de una mujer pensante, segura de sí misma, capaz de tomar el timón de su propia vida.

Es un placer la lectura de esta nueva creación, por la cual Amanda Patarca ha logrado palpar el núcleo de su más auténtico yo, de su pensamiento íntimo, de su poética que va, como alada, al encuentro del latido universal del hombre.

Marta de Paris

